

OBJETIVOS ANTROPOLÓGICOS Y PROBLEMAS CON LAS FUENTES HISTÓRICAS. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE UN CACIQUE BLANCO CHAQUEÑO DE FINES DEL SIGLO XIX

*Julio César A. Spota**

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos exponer sintéticamente las características del debate suscitado en torno a la identidad de un cacique blanco chaqueño que atacó diferentes poblaciones de la frontera norte de Santa Fe durante los años 1898 y 1899. El estudio del accionar de los renegados y de los cautivos dentro del complejo entramado de relaciones interétnicas de la frontera chaqueña permite problematizar algunos aspectos conceptuales en torno al mestizaje social. Como corolario esperamos plantear algunas reflexiones en torno a las problemáticas propias del escenario fronterizo hacia finales del siglo XIX. Con estos objetivos en mente analizamos fuentes históricas primarias y secundarias relativas al tema de interés poniéndolas en tensión con las investigaciones científicas contemporáneas interesadas en los actores sociales mestizos.

Palabras clave: cacique blanco - región chaqueña - siglo XIX - mestizaje social - antropología.

ABSTRACT

In this article we intend to briefly expose the characteristics of the debate that took place regarding the identity of a white chaqueñan Cacique that raided different settlements located in the northern border of the province of Santa Fe during 1898 and 1899. Studying the actions of the renegades and the captives within the complex frame of the social relationships displayed in the chaqueñan frontier, we were able to question some off the main conceptual issues regarding the social mixing. In order to accomplish this objective, we analyzed first hand and secondary historic sources related to the subject, and articulated that information with the contemporary scientific research interested in the "mestizos" social actors.

Key words: white cacique - chaqueñan region - 19th century - social mixing - anthropology.

* Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Etnohistoria. E-mail: juliospota@gmail.com.

INTRODUCCIÓN. MESTIZAJE SOCIAL, MIMETISMO CULTURAL Y FRONTERAS SOCIALES

La tarea de estudiar los rasgos particulares de un actor social como un cacique-blanco¹ involucra la necesidad de compatibilizar la moderna noción de frontera con un concepto de cultura dinámico. La articulación conceptual concurre a visibilizar los condicionamientos analíticos de una investigación que si bien “no puede escapar enteramente al uso reduccionista de dicotomías y esencias, puede por lo menos esforzarse autoconscientemente para no retratar ‘otros’ abstractos y ahistóricos” (Clifford 2003:143). Los planteos contemporáneos sobre la frontera la definen como un ámbito poroso en donde las influencias culturales y sociales recíprocas se imbrican de forma históricamente determinada configurando escenarios con características específicas (Boccaro 2003). En estos espacios los agentes operaban dentro de una estructura de relaciones a partir de sus capacidades de acción y negociación. Este panorama social donde el poder se distribuía de forma asimétrica requiere de una aproximación hacia la noción de cultura donde las categorías clasificatorias mestizas como la que nos ocupa adquieran inteligibilidad. Abandonando las perspectivas teóricas fragmentarias basadas en que la discontinuidad entre las sociedades representaba el basamento último de las posibilidades de clasificación cultural, los debates conceptuales en Antropología superaron las limitaciones analíticas previas postulando que las culturas y las identidades culturales son configuradas específicamente a partir de los vínculos que ponen en contacto a los grupos humanos.

En tanto que la cultura supone una manera de “describir la conducta humana” (Barth 1976:09), las clasificaciones sociales y “las distinciones étnicas no dependen de una ausencia de interacción y aceptación sociales; por el contrario, generalmente son el fundamento mismo sobre el cual están contruidos los sistemas sociales que las contienen” (Barth 1976:10). A partir de lo establecido por Barth resulta necesario considerar a la cultura (a una cultura y las culturas en su conjunto) como una entidad cuyo contenido y contorno se ordena en relación a los otros. Más aún, es mediante las articulaciones particulares establecidas con la alteridad que las sociedades definen y actualizan los lineamientos que configuran sus perspectivas sociales y sus sistemas de categorías. Un enfoque de la noción de cultura donde el diálogo simbólico, social y material entre los grupos constituye la estructura desde la cual puede comprenderse la configuración de los límites clasificatorios se complementa conceptualmente con la perspectiva interactiva de un campo social donde el estudio de los actores sociales mestizos permite exponer las vinculaciones trans-grupales existentes en los ámbitos de frontera.

Las modernas aproximaciones teóricas hacia el fenómeno de las fronteras señalan que tales espacios constituían ámbitos de “interacción cultural, social, económica, genética, militar, política, religiosa y lingüística” (Ortelli 2005:75) donde los agentes y los grupos operaban de acuerdo a sus propias agendas. “En este complejo panorama de relaciones, intercambios, violencia, guerra, intencionalidades políticas, alianzas, amistades y enemistades que tuvo por escenario la frontera” (Quijada 2002:125) nos encontramos con individuos cuyas características diacríticas escapan a la simple dicotomización entre “blancos” e “indios”. Szasz (1994) propuso entender a los actores sociales fronterizos como *cultural brokers*. Estos agentes surgen donde existe un encuentro de culturas (característica esencial de la frontera)². Para los “cultural brokers” lo que a primera vista supondría restricciones sociales, en verdad constituían posibilidades concretas de diálogo intercultural. En base a su “posición particular”, los mestizos desarrollan enfoques donde se articulan diferentes códigos culturales, “para lo cual se requiere una habilidad especial, son repositorios de dos o más culturas y cambian su rol de acuerdo con las circunstancias. Ellos saben cómo piensan y se comportan ‘los del otro lado’ y actúan en función de ello (Szasz 1994:3).

La complejidad de las relaciones fronterizas se evidencia en los estudios sobre los actores sociales que la poblaron. Los autores que se ocuparon de estos temas postularon a los actores

sociales “mestizos” como passeurs (Gruzinski 2000) o articuladores entre los diferentes ámbitos socio-culturales presentes en la frontera. Siguiendo a Ares y Gruzinski podemos definir a los actores sociales mestizos como agentes ubicados generalmente en un espacio “a menudo liminal, a caballo entre culturas, favorecieron las transferencias y el diálogo entre universos aparentemente incompatibles, elaborando mediaciones muchas veces insólitas y contribuyendo así a su articulación y a la permeabilización de sus fronteras” (Ares y Gruzinski 1997:10)

Una puesta en práctica de los conceptos de cultura, sociedad e individuo en la frontera que posibilite una aproximación analítica idónea hacia el estudio de los indios-blancos implica posicionar la investigación en una perspectiva donde entren en juego los condicionamientos histórico-culturales propios de la frontera como contexto estudio y los rasgos particulares que caracterizaban a los actores sociales mestizos como elementos de reflexión. Encarar nuestro tema de investigación requiere la redefinición de algunas de nuestras categorías de análisis dado que el proceso de mestización excedió los contornos de lo estrictamente biológico, aunque sin desconocer esta dimensión del fenómeno. El mestizaje incluyó todas las instancias en las cuales se manifestó un tipo de contacto intercultural donde “el préstamo y la mezcla de rasgos culturales fueron una parte intrínseca. El mestizaje, planteado de esta manera, refleja la necesidad que tenían los contemporáneos para “inventar” a diario modos de coexistencia y soluciones para sobrevivir (Ratto 2005:182). Tal posicionamiento nos permite aplicar a nuestra investigación los modernos conceptos instrumentales en torno al fenómeno del mestizaje.

CAUTIVERIO, VISIBILIDAD HISTÓRICA Y PROBLEMAS HISTORIOGRÁFICOS

Entre las causas generales que llevaban a los blancos a instalarse en las tolderías (huida de la ley, persecución política, estrategia comercial, etc.) el cautiverio representa una instancia de análisis privilegiada en lo tocante a los estudios sobre las relaciones interétnicas. Las características de un caso particular (Carlo Binaghi) nos permitirán simultáneamente señalar las dificultades historiográficas que conllevan los estudios sobre los *cultural brokers* y describir brevemente algunos rasgos generales de las biografías mestizas derivadas del cautiverio. Una cronista resume la dinámica de la incorporación forzosa a las tolderías:

Los cautivos criollos adultos son ultimados **sin** excepción y los niños siempre conducidos al desierto, aunque éstos no los maltratan; cuando están en edad de casarse son declarados libres, pero casi siempre quedan en el Chaco, que constituye para ellos una segunda patria, porque han adoptado la vida y costumbres de los indios (Beck-Benard [1864] 2001:191).

Los testimonios destacan a los actores sociales mestizos como elementos muchas veces desestabilizadores de las relaciones interétnicas en la frontera. Tal es el caso de nuestro sujeto de interés:

Andaban nuestros abuelos luchando a brazo partido allá por las últimas décadas del siglo pasado cuando una noche aciaga, en el Fortín Las Toscas por una parte, aturdía el fragor de alaridos guturales entre el viborear de lanzas (...) mientras que en las contiguas rancherías de los colonos, que por lo sorpresivo del gosse no alcanzaron a refugiarse en el fuerte de “palo a pique” (...) se evidenciaba la falta de varias mujeres y niños, entre los que se encontraba Carlitos Binaghi, hijo de una familia inmigrante (...) Transcurre luego un lapso de veinte años sin que las novedades dejen de divagar en lo inconcreto, hasta que testigos que dicen ser presenciales, coinciden en que (...) Carlo Binaghi capitanea un grupo poco numeroso, integrado por familias aborígenes y algunos gauchos alzados, entre los que se encuentra un

feroz criminal de apellido Rajoy, y un cuatrero de origen italiano conocido con el nombre de Da'Osla. El 24 de diciembre de 1898, a tres leguas de Colonia Florencia, al amanecer. Hacheros dan la alarma de que se acercan indios hacia el obraje con aparente intención de atacar. El dueño, Luis Urdartiz, no se encontraba, pero un contratista de apellido Echeluz reúne a la gente dentro del cuadro de palo a pique que rodeaba la administración, y se disponen a la defensa. A las 9 de la mañana aproximadamente 200 indios armados con lanzas y algunas carabinas Remington inician el ataque, la mayoría eran indígenas, se escuchaban voces de mando e insultos en idioma indígena. En dicho acontecimiento un obrajero describe a un indio blanco muy sanguinario con penetrantes ojos azules (...) El 14 de marzo de 1899 asaltan el Establecimiento La Palometa que se encuentra ubicado a 12 leguas de Resistencia. Mueren 17 personas... Un peón... posteriormente relata los hechos y que entre los indios “se hallaban algunos blancos y describe a un indio de tez blanca, pelo rojizo y ojos claros” (...) En un informe elevado posteriormente a la administración del ferrocarril, relata que el ataque fue capitaneado por el “Cacique Blanco” (Binaghi 2000:24-25).

El caso de Binaghi representa un ejemplo de la oscuridad con la cual las interpretaciones históricas presentaron a los actores sociales mestizos. Esta situación genera desacuerdos entre los estudiosos. Puntualmente, existe un debate en torno a la propia existencia del mencionado cacique-blanco. Otros historiadores han puesto en tela de juicio la idea de identificar a Binaghi como el conductor de los malones que se le adjudican. Tissera menciona que los autores del ataque serían el capitanejo mocoví “Illirí” y el caudillo toba llamado “Chará” a quienes suma un tercer colaborador de identidad desconocida. En su comentario sobre la muerte de la condesa Alice La Saige el autor realiza una descripción vaga del malón que atacó La Palometa y luego la estancia de la noble francesa arraigada en suelo chaqueño. El ataque fue detectado recién cuando “ya se escuchaba el tropel de una caballería. Alguien dio el alerta desde el mangrullo. Alrededor de 60 jinetes indios, encabezados por tres criollos se aproximaban a galope tendido en franca actitud de asalto. Unos llevaban lanza, otros carabinas” (Tissera 2008:9).

La imprecisión de la cita dificulta la asociación directa entre Binaghi y la dirección del ataque. Paralelamente, el intercambio epistolar que sostuvo el hijo de la mencionada condesa francesa con un historiador local años después del ataque —comunicaciones registradas posteriormente por una escritora de la región en una novela histórica sobre los acontecimientos— ofrece una versión alternativa a las dos anteriores. Las cartas indican que el ataque fue perpetrado por “un malón de indios mocovíes encabezado por el cacique Santos Padres” (Segovia de Giuliano 1977:53). Por su parte, Sosa de Newton realiza una descripción por demás somera que poco aporta a esclarecer el debate: “Un día de marzo de 1899 los mocovíes atacaron la casa, matando a varios de sus ocupantes” (Sosa de Newton 1986:53). Empero, las divergencias aumentan cuando atendemos a lo expresado por otro historiador chaqueño respecto de otro ataque adjudicado por algunos al “cacique blanco”.

El malón que asaltó la localidad de “La Sabana” al norte de la Provincia de Santa Fe plantea una situación idéntica respecto del episodio anterior. Miranda corrobora la presencia de blancos en el malón sin por ello señalar a Binaghi como protagonista del episodio:

El 26 de junio de 1899, al amanecer, un malón de trescientos jinetes, con varios caudillos vestidos con uniformes militares, se precipitó contra La Sabana, a los sones de guerra de un clarín (...) Dos peones del obrajero Brulé (Agüero y Villanueva) estaban carneando en las afueras del pueblo. Absorbidos por la faena no advirtieron la llegada de un individuo que venía cubierto con un kepi de la tropa, el cual, disparándoles un tiro, les gritó: “No se asusten que todos somos argentinos!” (...) De improviso comprendieron que el agresor era un hombre de vanguardia del tropel (Miranda [1955] 2005:196-197).

Miranda sostiene que el malón de La Sabana –otro ataque cuya dirección es asignada al cacique-blanco por parte de su biógrafo (Binaghi 2000), podría haber estado al mando de:

El paraguayo Juan Saavedra, que vivió como peón en La Sabana y en cuyas reuniones domin-
gueras fue cantor y guitarrero afortunado. Dícese que alguien, agrandado por la autoridad o
el dinero, le quitó el cariño de una mujer, transformándole por resentimiento en un matrero
en cuyo corazón no se había borrado del todo, sin embargo, los sentimientos de compasión
(Miranda [1955] 2005:200).

A continuación observaremos las consecuencias interpretativas de la disparidad de versiones
históricas.

Miranda afirma que el mencionado paraguayo es quien salvó a la señora Camors de que la
mataran durante el asalto (Miranda [1955] 2005:200) mientras que la revista *Caras y Caretas* le
adjudica la autoría del hecho a un indígena. La incompatibilidad de los datos disponibles resulta
evidente. Es oportuno establecer aquí que el acceso a la información provista por los documentos
originales relativos a la serie de malones ocurridos en la frontera chaqueña entre finales de 1898
y mediados de 1899 se encuentra mediatizado por el tratamiento dado por los historiadores a las
fuentes, y que la mayoría de las veces los imprecisos estilos de citación utilizados por los autores
impidieron la revisión directa de los testimonios de la época. La anterior salvedad condiciona a
los informes oficiales y los escritos contemporáneos consultados por los investigadores que se
ocuparon de estudiar los eventos vinculados al “cacique blanco”. Aún las cartas del hijo de la
condesa asesinada, a pesar de la inmediatez y familiaridad que tenía con algunos de los protago-
nistas de los hechos, se presentan de manera fragmentaria en la publicación y la información que
proveen se halla teñida de imprecisiones.

Dentro de la muestra de trabajos revisados, *Caras y Caretas* constituye la única fuente
primaria que tuvimos a nuestra disposición. Sin embargo, la intencionalidad periodística de una
publicación periódica y el tratamiento brindado a las declaraciones de los testigos presenciales
condicionan de forma específica su versión de los hechos. Por lo tanto, consideramos que todos
los trabajos examinados se encuentran interpelados (aunque de forma desigual en base a sus
procesos de producción particulares) por factores como la distancia temporal, la ausencia de tes-
timonios redactados por observadores directos y la utilización de versiones de informantes jamás
identificados. Estos son los factores que contribuyen a oscurecer el papel que las fuentes prima-
rias le reservaron a los actores sociales mestizos, a motivar divergencias en las interpretaciones
disponibles en las fuentes secundarias y en conjunto, problematizan el panorama general de la
misma investigación antropológica e histórica, obstaculizando la posibilidad de determinar una
toma de posición conclusiva sobre la identidad del conductor de los ataques indígenas contra los
asentamientos criollos en el norte de Santa Fe a finales del siglo XIX. En base a la caracterización
del conjunto de elementos que operan como condicionantes específicos de las obras analizadas
se deriva la posibilidad de establecer un tratamiento uniforme aplicado indistintamente a los dos
tipos de fuentes examinados (una única fuente primaria y un conjunto de fuentes secundarias
donde constan citas de fuentes primarias que aún no hemos logrado localizar) con la intención de
contraponer en un mismo nivel de análisis la información que en los escritos remite, directamente
o indirectamente, a los acontecimientos bajo estudio. De acuerdo a la fuente primaria consultada,
“La esposa de Camors y madre de la niña milagrosamente salvada, debe su vida a la humanidad
de un indio, que la conocía y pidió que no la matasen, que sólo la desnudasen” (*Caras y Caretas*
1899) mientras que Miranda relata el episodio de manera diferente:

Revistiese de asombro el hecho de que Carlota Maciel de Camors se salvase, cuando ya las
lanzas de los aborígenes hincaban su cuerpo, para traspasarla. Rodeada por varios individuos
de la turba, le quitaron sus vestidos, no se sabe si por mero hábito de rapiña o por ensayar

la ejecución de un rito salvaje inmolándola despojada de sus atributos exteriores de mujer blanca. En ese instante, un criollo se acercó a los indios y hablando con calma les solicitó que no asesinaran a esa mujer, porque siempre había sido piadosa con ellos. Los indios acataron con torpeza tan extraña indicación y volvieron por sus lanzas, dejando a Carlota Maciel aislada en medio del estupor, a la vista de su esposo e hijita yacentes en el patio del aserradero. El providencial protector de la señora de Camors habría sido el mismo sujeto a quien se atribuyó la jefatura del malón, el paraguayo Juan Saavedra (Miranda [1955] 2005: 199-200).

El debate sobre la identidad del protector de Carlota Maciel se complejiza aún más si atendemos a las dificultades que presenta la propia distinción entre indios-blancos, blancos e indios. Un oficial experimentado en la vida de frontera de la primera parte del siglo XIX expresaba sus dudas respecto del tema cuando refería que a los renegados “no era fácil distinguirlos por el color: acostumbrados a la vida salvaje, sus figuras son las mismas que las de los indígenas” (García, en Quijada 2002:134). Las similitudes fisonómicas que los mestizos compartían con el resto de los miembros de sus grupos de pertenencia confundían aún más a los viajeros y militares al combinarse con la asimilación de diacríticos perteneciente indistintamente a los mundos blanco e indio, configurando una compleja mimesis de rasgos culturales. Por ejemplo, en relación a de las tropas auxiliares que servían a la confederación durante el interregno que medió entre Caseros y Pavón, una cronista ya citada comentaba que todos los indios usaban “la manta o poncho común entre los gauchos y el chiripá, que sirve como pantalón ancho y holgado” (Beck-Bernard 2001: 177).

La dinámica de otorgamientos y revocaciones culturales incluía la resignificación de determinados rasgos o artículos cotidianos que por el hecho de ser incorporados por individuos de diferentes grupos sociales adquirían propiedades novedosas. Tal es el caso de los artículos de vestimenta criolla que al ser utilizados entre los indígenas, podían pasar a configurar elementos que resaltaban la distinción y el prestigio de las autoridades aborígenes que podían detentarlos.

El cacique Gregorio se cubre la cabeza de muy distinta manera. Luce con orgullo un viejo sombrero de copa, que parece protestar, cómicamente, a pesar de su estado imposible, contra el resto de la indumentaria. Las boleadoras y una larga lanza completan el equipo del cacique (Beck-Bernard 2001:177).

Las fuentes refieren que la ostentación de posesiones provenientes de los grupos criollos, como la vestimenta y las armas, operaban como marcadores de status en los indígenas que las portaban (Nacuzzi [1998] 2005).

Escapa a los objetivos del presente trabajo problematizar en profundidad un tema tan estudiado como la constitución de la autoridad –ascendiente personal y dominación lograda sobre el grupo gracias a las características singulares de un individuo– y poder –prerrogativas y facultades específicas propias de un cargo jerárquico cuya legitimidad arraiga en condiciones formales previas al advenimiento del sujeto que lo detenta– (Bechis 1989; Nacuzzi [1998] 2005). Empero, consideramos que para comprender las posibilidades de éxito social que poseía un actor social mestizo resulta necesario estudiar el complejo repertorio de cualidades y saberes que requería dominar. La eficacia social “de estos personajes dependía no solo de su manejo de la lengua de los grupos en contacto sino también de un sólido dominio de la etiqueta diplomática puesta en juego en los encuentros oficiales” (Ratto 2005:184). Nacuzzi expuso las condiciones particulares que debía poseer quien aspirara a ostentar la jefatura de una parcialidad aborígen en el siglo XIX: “haber viajado mucho, tener amplias relaciones políticas y vinculaciones sociales, conocer el español [y] ser culturalmente mestizo” ([1998] 2005:185). Los rasgos enumerados coinciden con las características biográficas de los ejemplos hasta ahora estudiados.

La correspondencia entre el modelo ideal y los casos empíricos corrobora la validez del esquema teórico a la vez que explica el éxito social de los actores puntuales. La evidencia indica que las sociedades indígenas demostraban una enorme versatilidad “para incorporar en forma permanente a un nutrido conjunto de alógenos, o para establecer con ellos cierta clase de relaciones intermitentes y específicas”. (Villar y Jiménez 2005:173). La complementación entre el esquema y la información de base nos proporciona la posibilidad de contribuir tangencialmente al estudio de la formación de las jefaturas indígenas señalando la presencia de un elemento común de pluralidad étnica en la selección de los caciques en los grupos aborígenes presentes en las fronteras. La capacidad de convocatoria mostrada por los caciques blancos igualaba –y en ocasiones superaba– a la de sus congéneres nativos. El locus particular que ocupaban les permitía officiar como mediadores “para las gestiones de paz entre el gobierno y los indios, entre los jefes de las fronteras y las embajadas de las *tolderías*” (Hux 2004:15) y entre las diferentes parcialidades aborígenes.

La determinación de las condiciones requeridas por un individuo para acceder a las jerarquías más altas de la estructura social indígena arroja luz sobre las causas que posibilitaban la promoción de los mestizos culturales hasta la categoría de caciques. Resulta indicativo a los fines de las investigaciones sobre las dinámicas sociales en los espacios de frontera que las características específicas de los renegados –fluidez lingüística en varios idiomas, dominio de los diferentes protocolos diplomáticos y posesión de una extensa red de relaciones personales, por sólo nombrar algunos de los rasgos que evidencian la disponibilidad de una doble codificación cultural– coincidan con los rasgos exigidos para ascender dentro de la jerarquía india. Esto no significa que todos los blancos que por distintas razones se asentaban en a las *tolderías* indefectiblemente devenían en autoridad tribal sino que los actores sociales mestizos, por su propia configuración cultural mixta, poseían potencialmente las condiciones requeridas a cualquier individuo que pretendiera alcanzar las posiciones de mando dentro de una parcialidad aborígen. La inferencia previa nace de la revisión tanto de los estudios científicos contemporáneos como de la información disponible en las fuentes primarias y secundarias aunque estas últimas continúan mostrándose indefectiblemente vagas en lo concerniente a los actores sociales mestizos en general y particularmente imprecisas y contradictorias respecto de la identificación de la persona que dirigió el ataque contra los asentamientos criollos en la frontera chaqueña entre 1898 y principios de 1899.

La escasa evidencia primaria disponible sobre la identidad del conductor de los malones anteriormente comentados confirma la falta de certezas imperante entre los investigadores. Las contradicciones existentes entre las fuentes primarias y secundarias consultadas refuerzan la necesidad de mantener un control permanente de los hechos investigados a través de un constante ejercicio de intertextualidad comparativa. El único punto en el cual concuerdan todas las fuentes consultadas es la crudeza con la cual se efectuaron los malones. Los detalles del ataque figuran en una publicación de la época ya mencionada donde tangencialmente se comenta el hecho de Camors al hacerse referencia a su familia directa:

No hubo una hecatombe bestial, de una ferocidad refinada e inaudita por haberse cebado, el salvaje en los seres más débiles, sin el excitante de la resistencia, sin la atenuante siquiera del cautiverio, a que las indias del malón antiguo sometían, preferentemente a la mujer y al hijo de su enemigo, el cristiano. Aquí han matado, fría y deliberadamente, saciando un rencor bestial en seres cuya debilidad e inocencia hasta a las fieras conmoviera. (...) Ha sido una desolación, casi un aniquilador arrasamiento en que los hombres, ¡singular circunstancia! han salvado la vida y han caído lanceadas las mujeres y los niños. Sólo un hombre cayó en la matanza, Camors, un pobre colono francés que soñaba allá en conquistar el bienestar de los suyos a fuerza de sudor y de trabajo honesto en la aspereza del médium primitivo, y que ha caído en la bestial volteada., lanceado con una hijita de dos años con la que huía, llevándola en brazos (Caras y Caretas 1899).

La supuesta intensidad de la violencia ejercida en el ataque se inscribe en la lógica del costado más cruento de las relaciones sociales de frontera. Los enfoques contemporáneos en torno a los espacios de frontera las definen como ámbitos donde las vinculaciones culturales, las dependencias económicas recíprocas y las influencias sociales multilaterales superan la imagen simplificada de un escenario exclusivamente definido por el conflicto armado. Sin embargo, la violencia –un elemento intrínseco de la compleja dinámica fronteriza– representa el aspecto de las relaciones interétnicas más difundido por las crónicas de la época. Dentro de este contexto, el debate en torno a la determinación de la identidad del conductor de los malones describe las dificultades que se presentan en la tarea de la reconstrucción del pasado en los contextos donde el poder estatal chocaba con las parcialidades aborígenes reacias a su autoridad.

PALABRAS FINALES

La divergencia observada en las interpretaciones históricas analizadas proporciona un ámbito de aproximación crítica hacia los trabajos antropológicos e históricos ocupados en los actores sociales mestizos como los caciques blancos. La propia existencia de estos individuos destaca la complejidad de las relaciones interétnicas en los ámbitos de frontera. Los *cultural brokers* representaban agentes que combinaban exitosamente los rasgos sociales idóneos para la conducción indígena gracias a la puesta en práctica de todas las posibilidades culturales que su condición mestiza les proporcionaba. La razón de la promoción de estas personalidades hasta las máximas jerarquías aborígenes radicaba en que las características propias de sus biografías –experiencias históricas profundamente marcadas por un proceso de mestización social– les otorgaban elementos eficaces de negociación intra e inter-étnica.

La reunión de rasgos culturales aborígenes y criollos, diacríticos supuestamente antagónicos para la mentalidad decimonónica, sumados a los elementos exclusivamente mestizos resultantes del cautiverio les otorgaba a los caciques blancos la posibilidad de operar simultáneamente con códigos culturales diversos. Los rasgos intrínsecos de los actores sociales mestizos les permitían operar como intermediarios en el complejo (y muchas veces violento) proceso de diálogo intercultural. Sumado a lo anterior, durante el siglo XIX, la promoción social del cautivo se tornaba probable a partir de su propia condición mestiza. Las relaciones entre la constitución del poder y la autoridad aborígen y el lugar que ocupaban los *passerus* culturales en tal proceso comporta un costado determinante en los estudios sobre los blancos asentados voluntaria u obligatoriamente, transitoria o definitivamente entre los indios. Sin embargo, las particularidades específicas de los cautivos devenidos autoridades aborígenes representan un desafío analítico para las investigaciones científicas.

A partir de una sintética presentación de la contraposición de opiniones históricas relativas a la identidad del conductor de los malones que asolaron el norte de Santa fe durante 1898 y 1899 vislumbramos la amplitud que puede alcanzar la discrepancia de interpretaciones en torno a un tema aparentemente simple. La exposición de las características del debate suscitado sobre nuestro tema de interés señala la complejidad que subyace a los estudios sobre las dinámicas sociales en las fronteras del siglo XIX. El desafío de profundizar las investigaciones futuras sobre los actores sociales mestizos requerirá de perspectivas teórico-conceptuales que se encuentren a la altura del desafío analítico que presenta el fenómeno del mestizaje social como objetivo de estudio.

Fecha de recepción: 11/12/2009.

Fecha de aceptación: 03/08/2010.

AGRADECIMIENTOS

La producción de este artículo sólo fue posible gracias al apoyo incondicional de la Dra. Lidia R. Nacuzzi quien contribuyó con sugerencias, ideas, revisiones y correcciones en su incesante tarea de investigadora, su constante labor como formadora y su inculdicable calidad humana. Lleguen a ella muchos más agradecimientos de los que me son posibles expresar aquí.

NOTAS

- ¹ Coincidimos con Villar y Jiménez (2005:158) cuando sostienen que el número de investigaciones específicamente ocupadas en los actores sociales mestizos en Pampa y Patagonia durante el siglo XIX es reducido (Ortelli 1999, 2000; Salomón Tarquini 2002). Lo mismo es válido para el Chaco decimonónico aunque la lista de estudios sobre el tema es aún más reducida (Spota 2008).
- ² Dentro de la producción antropológica argentina existen antecedentes conceptuales que se vinculan temáticamente con la noción de cultural broker que utilizamos como dispositivo heurístico en este artículo. Puntualmente nos referimos a algunos trabajos de Leopoldo Bartolomé donde el término *brokers* era implementado en las investigaciones para señalar a los actores que lograban poner en diálogo a diferentes sectores y distintos ámbitos dentro de las entonces denominadas “sociedades complejas”. Los rasgos de específicos de los *brokers* (*sensu* Bartolomé) coinciden en gran medida con el contenido que Szasz (1994) le otorga a la misma definición pero orientada al estudio de los actores sociales mestizos: bilingüismo y dominio de patrones de protocolo variados que garantizaran la configuración de un ámbito de comunicación legítimamente reconocido por los actores que buscaban entablar un diálogo. Una muestra representativa de esta propuesta se puede apreciar en Hermitte y Bartolomé (1977).
- ³ Un estudio pormenorizado sobre los cacicatos duales en el siglo XVIII y su posterior evolución hacia un cargo unipersonal en las zonas del Chaco, Pampa y Patagonia puede apreciarse Nacuzzi, Lucaioli y Nesis 2008.

BIBLIOGRAFÍA

- Ares, Berta y Sergei Gruzinski
1997. *Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores*. Sevilla, EEHA.
- Barth, Fredrik
1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bechis, Martha
1989. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿Autoridad o poder? Trabajo presentado en el *I Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires.
- Beck-Bernard, Lina
[1864] 2001. *El río Paraná. Cinco Años en la Confederación Argentina 1857-1862*. Emecé, Buenos Aires.
- Binaghi, Luis
2000. *Tras las huellas de la familia Binaghi*. Resistencia, Meana Impresores.
- Boccarda, Guillaume
2003. Rethinking the Marthins/Thinking from the Marhins: Culture, Power, and Place on the Frontiers of the New World. Identities. *Global Studies in Culture and Power* 10: 58-81.
- Caras y Caretas
1899. *El malón de la Sabana*. Resistencia, Archivo Histórico.

Clifford, James

[1988] 2003. Sobre la autoridad etnográfica. En C. Reynoso (ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*: 141-170. Barcelona, Editorial Gedisa.

D'Orbigny, Alcides

[1827] 1998. *Viaje por América meridional*. Emecé, Buenos Aires.

Gruzinski, Sergei

2000. *El pensamiento mestizo*. Barcelona, Editorial Paidós.

Hermitte, Esther y Leopoldo Bartolomé (comps.)

1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrutu.

Hux, Meinrado P.

2004. Prólogo. En P. Meinrado Hux (recopilador), *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*: pp 7-27. Buenos Aires, Editorial el Elefante Blanco.

Miranda, Guido

[1955] 2005. *Tres Ciclos Chaqueños*. Resistencia, Librería de la Paz.

Nacuzzi, Lidia R.

1998 [2005]. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Ortelli, Sara

1999. Historias de cautivos y agregados. La incorporación de no-indígenas entre los comanches y los ranqueles en el siglo XIX. *Cuicuilco* 6(17): 153-171.

2000. Marginalismo y relaciones inter-étnicas: blancos e indios en la frontera rioplatense en el siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América* 26: 181-198.

2005. Del discurso oficial a las fuentes judiciales. El enemigo y el proceso de mestizaje en el norte no-vohispano tardocolonial. *Memoria Americana* 13: 53-82.

Quijada, Mónica

2002. Repensando la frontera sur Argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidades de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII y XIX). *Revista de Indias* 62(224): 103-142.

Ratto, Silvia

2005. Rompecabezas para armar: el estudio de la vida cotidiana en un ámbito fronterizo. *Memoria Americana* 13: 179-208.

Salomón Tarquini, Celia Claudia

2002. Rehenes, cautivos, aindiados y refugiados: funciones económico-sociales de los alógenos incorporados por las sociedades indígenas en la región pampeano-nordpatagónica (Siglos XVIII-XIX). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, La Pampa.

Segovia de Giuliano, Sixta

1977. *La condesa de las tierras tobas*. Santa fe, Librería y Editorial Colmegna.

Sosa de Newton, Lily

1986. *Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

Spota, Julio César A.

2008. Del Oxímoron discursivo a la Metáfora social. Un acercamiento antropológico hacia la construcción y semántica de la categoría "indio-blanco" en la narrativa criolla de la frontera Chaqueña (1862-1885). *Cuestiones Sociales y Económicas* 11: 109-129.

Szasz, Margaret

1994. *Between Indians and White Worlds. The cultural broker*. EE.UU., University of Oklahoma Press.

Tissera, Ramón de las Mercedes

2008. *Vidas Trágicas del Chaco*. Chaco, Librerías de la Paz.

Villar, Daniel y Juan Francisco Jiménez

2005. El continuo trato con infieles. Los renegados de la región pampeana centro-oriental durante el último tercio del siglo XVIII. *Memoria Americana* 13: 151-178.